

EL NUEVO PAPA ES PEDRO

Por Alfonso Martínez Sanz

Por amor a los hombres de todos los siglos y de todos los lugares, Dios Padre envió al mundo a su Hijo primogénito, para que llevara a cabo la redención del género humano. La vida del Enviado del Padre fue, en todo momento, cumplir el querer de quien le había enviado. *Mi alimento* –diría Él- *es hacer la voluntad del que me ha enviado*. Y la voluntad de Dios Padre no era sólo que Jesús realizara la obra de la salvación universal -cosa que hizo realidad con su vida, pasión, muerte y resurrección-, sino que además se aplicara a cada uno de los hombres y de las mujeres de todas las etapas de la historia, con el fin de que alcanzasen la felicidad completa y por siempre junto a Dios en el cielo. Con este fin, Cristo fundó su Iglesia y ésta es la misión que su Fundador le encomendó, porque tal como san Pablo enseña, *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*.

La fundación de la Iglesia no fue un día determinado, sino que Jesucristo la fundó a lo largo de la vida pública, realizando acciones distintas: ir formando una comunidad, elegir a los apóstoles, instituir los sacramentos... Entre esos momentos, hay que resaltar dos, que están relacionadas con Pedro y que son de capital importancia. El primero de ellos fue cuando Jesús le prometió el Primado, la máxima autoridad en su Iglesia, después que hiciera Pedro esta confesión de fe, respecto al Maestro: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Frente a las diversas opiniones que existían en torno a Jesús, y que no expresaban lo que de verdad era, el pescador de Galilea, por revelación del Padre, confiesa con toda claridad que Jesús es el Mesías prometido en el paraíso terrenal y anunciado por los profetas, y que era realmente el Hijo de Dios por naturaleza.



Ante tal confesión, hecha en Cesarea de Filipo, ciudad literalmente edificada sobre una roca, Cristo le prometió a Pedro: *Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan.... Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra (roca) edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no podrán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos*. Cuenta el evangelio de san Lucas que, en una ocasión, montando Jesús en la barca de Pedro, le rogó que la desviase un poco de tierra y que, sentándose, enseñaba desde la barca a las gentes. Jesús enseñaba y Pedro sostenía el timón. Esa va ser la misión y tarea que Jesús promete a Pedro en la Iglesia, mantener firme el timón de la barca, mientras Jesús desde la barca, su Iglesia, enseñará al mundo. Cristo será la roca firme y fundamental de la Iglesia y Pedro, el Vicario de Cristo, la roca visible en la tierra.

La promesa hecha por Jesús a Pedro no se quedó en una promesa incumplida. A pesar de que el apóstol le había negado tres veces en las horas de la pasión, porque había llorado amargamente su pecado, Cristo confirmó a Pedro en el pastoreo de la

Iglesia como supremo Pastor de la misma, y con los máximos poderes a nivel universal. Jesús, a la orilla del mar de Galilea y a pocas horas de subir al Padre, preguntó a Pedro tres veces, delante de todos los apóstoles, si lo amaba más que los demás. Pedro respondió afirmativamente a las tres preguntas, y es entonces cuando Cristo lo hace el primer Papa de su Iglesia con estas afirmaciones o mandatos: *apacienta mis corderos..., apacienta mis ovejas..., apacienta mis ovejas.*

Pero el Primado -los máximos poderes de enseñar, de santificar y de gobierno en la Iglesia universal- era y es algo que su Fundador quiso que formara parte del ser de la Iglesia misma hasta el final de los tiempos. Ésa es la razón por la que, una vez muerto Pedro, debía pasas a un sucesor y, muerto éste, a otro, y a otro, y a otro..., formando una cadena ininterrumpida hasta que el mundo se acabe. Lo que han hecho los cardenales en el cónclave finalizado hoy, 13 de marzo de 2013, ha sido elegir al último eslabón, hasta ahora, de esa cadena. Han elegido a Francisco I como sucesor de san Pedro en la sede Roma que, por ser obispo de Roma, es el Papa de la



Iglesia en todo el mundo. El nuevo Papa Francisco I es, pues, Pedro, en el sentido de que tiene y ejerce los mismos poderes que Cristo concedió a Simon, llamado Pedro, junto al mar de Galilea. El canon 331 del Código de Derecho canónico lo expresa magistralmente con estas matizadas palabras, que son un resumen perfecto de lo que es la potestad del Papa en la Iglesia y, por tanto, de nuestro ya queridísimo Francisco I: *el Obispo de*

la Iglesia Romana, en quien permanece la función que el Señor encomendó singularmente a Pedro, primero entre los Apóstoles, y que había de transmitirse a sus sucesores, es cabeza del Colegio de los Obispos, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal en la tierra; el cual, por tanto, tiene, en virtud de su función, potestad ordinaria, que es suprema, plena, inmediata y universal en la Iglesia, y que puede siempre ejercer libremente. Y, matizando todavía un poco más, añade en el canon 333: en virtud de su oficio, el Romano Pontífice no sólo tiene potestad sobre toda la Iglesia, sino que ostenta también la primacía de potestad ordinaria sobre todas las Iglesias particulares y sobre sus agrupaciones.

Recordando palabras de Benedicto XVI, penúltimo sucesor de san Pedro, en una homilía del año 2006, la tarea de Pedro y sus sucesores -el último el nuevo Papa- consiste precisamente en no dejar que la fe enmudezca nunca, en fortalecerla siempre de nuevo ante la cruz y ante todas las contradicciones del mundo. Es igualmente, tal como venía a enseñar san Ignacio de Antioquía, presidir la caridad, la comunidad del amor que proviene de Cristo y que supera siempre de nuevo los límites de lo privado para llevar el amor de Cristo hasta los confines de la tierra.

¡Bienvenido seas, Francisco I, a la Iglesia universal, a nuestra comunidad parroquial, al interior de nuestro corazón! ¡Gracias por haber aceptado ser el *siervo de los siervos de Dios!* Te queremos ya, rezamos por ti y nuestro compromiso es vivir la comunión plena contigo, de acuerdo con aquella preciosa jaculatoria de san Josemaría: *omnes cum Petro al Iesum per Mariam.* ¡Todos con Francisco I a Jesús por María!